

con referencia á una esencia no contradictoria y á un sér-*causa* suficiente, y lo necesario sólo tiene positiva significación refiriéndose á una existencia tan real y permanente, que no puede no ser.

Forjándose por Taine dicha hipótesis para negar la permanencia substantiva del yo, y acusando la doctrina de la personalidad humana, de vacía ilusión metafísica, la réplica de Empart no puede ser más justa; la ilusión, la insubsistencia, el vacío, la nada, están en semejantes ficciones del materialismo absoluto; al cual sirven, si no las intenciones, las doctrinas de Taine, como también De Broglie le demuestra.

«Ni el análisis psicológico, dice este sabio filósofo, ni la anatomía del cerebro, ni la síntesis de lo físico y lo moral, prueban que las sensaciones existen sin sujeto y los movimientos sin móvil. La teoría del conocimiento, fortificada con numerosos ejemplos de locura en su apoyo, cuando más probará que una ilusión respecto del yo es posible. Pero de ningún modo prueba que esta ilusión es necesaria. Luego gratuitamente afirma Mr. Taine que el yo es una ilusión. Gratuitamente nos impone esta penosa y extraña construcción de una unidad é identidad ficticias amasadas con simples sucesos que desaparecen, de este sér sensitivo construído con sus propias sensaciones.

La negación de las substancias es, en Mr. Taine, una idea preconcebida, un principio *á priori*, un verdadero dogma. Esta primera idea, que no

demuestra, es el fundamento de todo su sistema; para defenderla dispone todas sus baterías; á dicha primera idea sacrifica todas las nociones evidentes y todas las creencias vulgares; para no contradecirla acepta las extrañas contradicciones de la sensación idéntica al movimiento, y de la lucha de las alucinaciones en el seno de un yo imaginario, y para defender esta primera idea contra las protestas de la razón invoca, y llama en su auxilio, á todos los locos, alucinados, y sonámbulos del antiguo y del nuevo mundo. Pero todos estos testimonios discordantes no constituyen prueba verdadera, y la primera proposición «un individuo es un sistema de hechos ó una colección de imágenes», permanece siempre tan poco demostrada, como poco aceptable para la razón».

El fenómeno de la doble personalidad.

Finalmente; invocar los errores de juicio sobre la personalidad, ó por pérdida de la memoria, amnesia periódica, ó por total eclipse de la razón y la conciencia, que, como en algún caso de neuropatía cerebro-cardíaca, produzcan tales conflictos de sensaciones, apetitos, ideas, y por completo cambio y olvido de los estados antecedentes, como un olvido del yo, que cesa y reaparece, que muere y revive, ó un doble yo, el estado de *doble personalidad*, que se llama; invocar tamaños fenómenos morbosos contra la permanencia real del yo, con sus caracteres de unidad é identidad, es instituir en criterio de

conocimiento de la naturaleza humana las con-
tadas excepciones de esta misma naturaleza,
perturbada por las más terribles dolencias.

Las enfermedades de la personalidad, aun traza-
das por la positivista pluma de Ribot, nada ar-
güirán contra la positiva naturaleza del yo huma-
no, mientras la locura, la histeria, las neuropatías,
en sus más complejas y desconocidas manifesta-
ciones, no se confundán con la razón, con la per-
fecta conciencia, con la normalidad psico-fisioló-
gica que forma al hombre, y distingue en el hombre
al loco y al neurópata.

La Teratología no es, no puede ser, la Psi-
cología, la fuente de la doctrina antropológica,
como no es la Fisiología: y así como los estados
de alucinación y demencia ponen de relieve los
trastornos de la salud, de la normalidad psico-fi-
siológica alterada, y no significan que tales en-
fermedades son la salud y naturaleza típica del
hombre; de igual modo los trastornos del juicio,
de la memoria, de la conciencia, ponen de relieve,
no que la alucinación, y el olvido y error sobre
la personalidad, son la verdadera naturaleza de la
persona humana, sino que la unidad é identidad
de esta persona, con clara conciencia y juicio
sobre nuestro yo uno é idéntico, son la naturaleza
y tipo normal del hombre.

El valor de las observaciones científicamente
hechas é interpretadas sobre casos teratológicos
y fenómenos excepcionales, está justamente reco-
nocido como valioso auxiliar de los conocimien-

tos antropológicos, como medio indirecto de in-
vestigación científica; pero no puede ni debe
convertirse en argumento contra la regla y tipo
generales de los criterios científicos y de la natu-
raleza de los seres, bien experimentada.

Y el conocimiento de la persona humana se
halla fundado sobre hechos de experiencia tan
legítima y universal, que todo hombre, en pose-
sión de su buen sentido, todos los hombres, como
escribe De Broglie, creyendo ser personas, obran-
do como tales, reconociéndose, responsables de
sus actos anteriores, forman un testimonio tan
universal y constante de todos los tiempos y en
todas partes, un hecho de tan primitiva y notoria
experiencia, que no puede ser anulado por los
excepcionales fenómenos del delirio, alucinación,
noctambulismo, y estados hipnóticos, de índole
más ó menos patológica. De tal modo que el
caso rarísimo, y por todos los materialistas ex-
plotado, de la *doble personalidad*, suponiéndolo
bien observado, «dos estados de conciencia alter-
nativa, en cada uno de los cuales se habrá olvi-
dado lo sucedido en el anterior, y en apariencia,
como dos vidas interrumpidas por intervalos de
sueño, sucediéndose alternativamente», sobre ser
caso tan excepcional que se citan dos ó tres, es
un caso notoriamente teratológico. Pues según
el mismo De Broglie advierte: «Mientras que la
alucinación y la locura son hechos excepcionales
pero registrados de tiempo en tiempo, los cuales
debe tener en cuenta la justicia para el juicio de

los actos punibles; este hecho de una casi doble existencia en el mismo cuerpo es una excepción, hasta en patología..... Y bien; qué vale un hecho semejante contra la unánime persuasión que todos los hombres tienen de que cada uno es una persona, persuasión fundada sobre el convencimiento íntimo y directo que todos tienen de sí mismos, persuasión grabada en la gramática de todas las lenguas?»

Por otra parte, como el mismo autor expone, los alucinados y locos, guiados por un docto médico, son materia de observación, pero ellos no son observadores científicos; y la pérdida de la conciencia y de la memoria explican suficientemente dicho fenomenal estado de una doble personalidad, por olvido de la conciencia actual, y consiguiente imposibilidad de referir la presente á la pasada; pero siendo en realidad uno mismo el sujeto, manteniéndose una sola persona, como una inducción directa sobre su sér actual puede testificarle.

La persona humana, el yo, el individuo viviente de naturaleza racional, es, por tanto, el compuesto substancial, con unidad é identidad de naturaleza específica, que la verdadera ciencia psicológica enseña; no la ficción de ilusiones metafísicas, no la resultante de movimientos cerebrales, repetición de imágenes por la repetición de las vibraciones del cerebro, asociación por simultaneidad y repetición de las mismas series de movimientos-sensaciones, el cerebro-yo por

engañosa ilusión de un cierto sujeto común, por una alucinación de la naturaleza, semejante á otras, según las observaciones que parecen identificar el sueño con la vigilia, la conciencia y la razón normales con las neuropatías menos frecuentes y más desconocidas.

Lamentable, pero fatal conclusión del psicologismo sublevado contra las más evidentes propiedades de la persona humana; las dudas sobre la propia razón, en nombre del sistema que más presume de dar la verdadera explicación científica del hombre!

El cerebro-yo. El empeño de negar al hombre naturaleza específica por esencia, llevó á reducir el entendimiento á la sensibilidad, la sensibilidad al movimiento orgánico, el movimiento orgánico al puramente mecánico, transformado por el mismo cerebro, «órgano repetidor y multiplicador en el cual los diversos departamentos de la corteza gris llenan todos las mismas funciones»; la persona ó yo al cerebro, porque siendo el cerebro el verdadero sujeto de las sensaciones, comprendiendo la sensación toda la actividad intelectual, conciencia, razón, vida, personalidad, y siendo la sensación fenómeno cerebral, el yo es una ilusión metafísica, y la no-existencia de la persona humana una realidad tangible como el cerebro. Pero entiéndase bien, escribe con fina sátira De Broglie: el cerebro, el verdadero cerebro, no el cerebro metafísico y

escolástico, compuesto de movimientos abstractos, sino el cerebro de carne, el cerebro de ciertos anatómicos, pura agrupación de moléculas varias, sujeta á la ley de renovación orgánica, sustituyendo por el riego sanguíneo las moléculas que en cada instante pierde; agrupación-cerebro, sujeto único de los fenómenos internos, que no siendo ni simple ni idéntico, será de pura apariencia la unidad é identidad del yo; y por tanto «el yo que aparece como simple é idéntico deberá ser necesariamente una ilusión». (1)

Como si á fuerza de repetir un error llegara á convertirse en verdad, el Materialismo, sordo para las rectificaciones que á sus convencionales asertos opone la fisiología cerebral, cree explicado el problema, y disipadas todas las dificultades, convirtiendo la idea en sensación y la sensación en fenómeno de las células cerebrales. Toda la doctrina sobre la inteligencia, que demuestra por los hechos de su acto y de su objeto que el pensamiento es irreductible á movimiento ó secreción del cerebro; toda la expuesta sobre las relaciones entre este mismo y las facultades racionales; y la propia doctrina fisiológica probando la continua renovación de la materia organizada, dan testimonio de que si una operación, la simple unidad de un fenómeno psicológico cualquiera, es inexplicable por acción propia del

(1) V. la exposición textual de estas doctrinas y su completa refutación en el punto y obra citados.

cerebro, materia organizada, la unidad con identidad de un sujeto, la realidad, no fenoménica, sino permanente y substantiva del yo, con conciencia de esta unidad é identidad reales, es de modo absoluto más imposible de ser explicada por el mecanismo cerebral. (1)

Materia en renovación periódica más ó menos lenta, pero renovada en la serie del tiempo de modo tan completo que por el gasto y sustitución de los elementos del cerebro, éste no tiene en un instante dado ni una sola molécula de las que en tal ó cual tiempo lo constituían, semejante hipótesis exige que aparezca un nuevo yo en cada período de completa renovación del cerebro.

Y entonces ¿cómo se explica la unidad é identidad del sujeto con conciencia de las mismas, ante el constante cambio del órgano y ante las diferencias psicológicas y por el mismo yo experimentadas?

Si el cerebro es el yo, y el cerebro cambia, observa justamente Janet, «el hombre perderá en cada momento una parte de sí mismo, y volverá á completarse cada momento»; y lo que en medio de nuestras mudanzas sentimos todos es «que los fenómenos cambian pero nosotros los atribuimos siempre al mismo individuo: hay variaciones de intensidad en la conciencia del yo

(1) Además recuérdese la irreductibilidad del pensamiento á movimiento cerebral, demostrada en el cap. VIII con los mismos argumentos de la Mecánica, al tratar de las RELACIONES ENTRE LA INTELIGENCIA Y EL CEREBRO.

permanente, trastornos, revoluciones, accidentes mil; pero el sér persiste y se reencuentra siempre después de los desfallecimientos, después de las excitaciones y perturbaciones de todo género de las cuales es víctima».

Si considerando la composición y naturaleza orgánica de la materia cerebral, se dice que la transmisión de los movimientos ó imágenes produce las apariencias de identidad substancial, porque la molécula nueva sustituye á la reemplazada en sus vibraciones y modos, y dando la misma vibración dará idéntico pensamiento, y con esto la identidad del individuo, repliquemos con el mismo filósofo, que el pensamiento no es la persona, que la identidad del pensamiento no da la identidad de persona, pues un mismo pensamiento en dos hombres, no reduce á la unidad por identidad estos dos seres; y que así como «muchas cuerdas producen una misma nota y no son una sola cuerda», así la identidad de las vibraciones cerebrales es impotente para explicar la identidad de la persona.

Finalmente; si para destruir la incompatibilidad entre la composición del cerebro y la unidad é identidad conscientes del yo, se considera á éste como pura resultante de un sistema de fuerzas, como el efecto de las mecánicas, que obran sobre un punto, y no obstante ser múltiples y distintas dan la unidad del efecto; contra cuantos apliquen una teoría mecánica al pensamiento, identificándolo con el cerebro y con éste el yo,

sepamos que ya previno, expuso, y refutó error tamaño el gran Balmes, con juicio tan claro y profundo que sus observaciones, siempre verdaderas, oportunísimas hoy, merecen ser divulgadas para resistir las intrusiones del mecanismo universal, que todo quiere dominarlo.

Contestando el pensador español al que llamó Kant parologismo de la simplicidad del alma (1), escribe: «hablo de la resultante de un sistema de fuerzas y de su punto de aplicación.

Cuando muchas fuerzas obran sobre una línea, un plano, ó un sólido, producen un efecto igual al de una fuerza única, que se llama resultante; la que tiene una dirección determinada, y un punto de aplicación, cual si fuera simple, ó si no hubiese dimanado de otras; ¿por qué no se podría aplicar lo mismo al pensamiento? ¿por qué, á pesar de ser una cosa simple, no podía ser el producto del concurso de varios agentes? Este ejemplo es más especioso, porque presenta el resultado de la composición concentrado todo en un punto; pero bien examinado tampoco prueba nada para el caso presente.

La disparidad está en que el pensamiento es un acto simple en sí mismo, y la resultante de las fuerzas lo es únicamente en su relación al efecto experimentado, único que nosotros podemos calcular. Cuando dos fuerzas se aplican á los dos extremos de una recta inflexible, el efecto

(1) Obr. cit. t.º 4.º, Cap. XII, núm. 86.